

LA JUVENTUD ESCOLAR.

PERIÓDICO SEMANAL,

DE INSTRUCCION, LITERATURA Y CIENCIAS.



EN LÉRIDA,
TRES REALES AL MES.—OCHO TRIMESTRE.
Se suscribe en la imprenta y librería de Francisco
Armenteros y Segura, calle Mayor núm. 30.
SALE TODOS LOS SÁBADOS.

EN PROVINCIAS.
TRES REALES Y MEDIO al mes.—DIEZ idem
trimestre, remitiendo el importe en sellos de cor-
reos, al Director del periódico.
NO SE DEVUELVE NINGUN ESCRITO.

EL MALTRATO A LOS ANIMALES.

(Conclusion.)

Con efecto; quien como nosotros ha sido testigo de lo que acontece en esta misma ciudad cuando se arroja al Segre un miserable perro, por cualquier motivo que sea, y haya observado que en un instante, apénas el animal choca contra las olas, se reunen una porcion numerosisima de muchachos, verdadera gavilla de pilletes, y la emprenden á pedradas con el pobre perro, y mientras unos le tiran piedras corren otros á buscar, continuando en esta brutal tarea hasta que consiguen hacerle sumergir en las aguas; quien, repetimos, esto haya presenciado, ¿podrá formar buen concepto de la morigeracion de nuestras costumbres? ¿podrá merecerle un juicio favorable el estado de nuestra instruccion? Ciertamente que no.

Añadamos á esto la circunstancia, mas grave aún, si cabe, de que, al tener lugar un suceso de esta naturaleza, no faltan espectadores que contemplan con la impasibilidad de los antiguos druidas aquella *inocente diversion*, y hasta ven con gusto, al menos algunos de ellos, pues así parece denotarlo la sonrisa que asoma en sus lábios, que aquel ser desgraciado luche con la muerte, y que si alguna esperanza pudiera tener de aproximarse á la orilla y salir con vida de tan apurado trance, la pierda prontamente con ser apedreado por una turba de imbéciles, que se complacen en precipitarle á su último fin. Añadamos que entre estos espectadores figuran personas que merecen algun respeto, ya por la posicion que ocupan, ya

por su reconocido talento y saber, y el cuadro que se ofrece á nuestra contemplacion es todavia más triste y vergonzoso.

Supongamos por un instante que mientras acontece una escena que acabamos de bosquejar, se presenta á presenciaria un extranjero, un francés, por ejemplo, que son los que tan bien suelen hablar de las costumbres de España, y más en lo que respecta á costumbres; el extranjero, decimos, presencia aquella escena, y se queda absorto, atónito, estupefacto: vuelve á su país; oye que en cualquier sitio ó reunion hablan de España, y dicen, como está en boga entre ellos, que los españoles somos bárbaros, incivilizados, etc.: nuestro hombre toma la palabra y empieza á relatarles lo que ha visto en Lérida, una capital de Provincia, exagerando, por supuesto, el hecho y pintándoselos con unos colores muy vivos; y ya tenemos á los tertulios mas firmes en sus opiniones, como que las vén confirmadas y robustecidas por un compatriota suyo, que ha sido testigo de un espectáculo que, sin ninguna clase de escrúpulo, no titubeará en calificar de bárbaro.

Por esto, pues, desearíamos con todas nuestras fuerzas que los hechos de la índole del que nos ocupa se proscribiesen para siempre de entre nosotros, ó al menos no fuesen tan frecuentes, para no dar pábulo á los de allende el Pirineo, que no desaprovechan las ocasiones que se les presentan de rebajar nuestra hasta hoy infortunada nacion al nivel de aquellos pueblos en los que todavia no ha penetrado la benéfica luz de la civilizacion.

Si nos hemos separado por un momento de nuestro objeto, que es el mal-

trato á los animales, ocupándonos de un hecho siempre desagradable, que vemos repetido entre nosotros mas de lo que quisiéramos, no ha sido sino con el fin de que, esponiéndolo á la pública consideracion, fijen en él la suya las personas á quienes está tal vez en su mano acotar el mal de que justamente nos dolemos y que, sin duda, por lo frecuente que es en nuestra capital, no les ha movido á curiosidad, ni á meditar acerca de su trascendencia y de las consecuencias gravísimas que puede reportar. Por otra parte, somos españoles y estimamos en mucho la honra de nuestra pátria para no procurar se corrijan y enmienden los vicios y defectos en que incurra una porcion de la sociedad; vicios y defectos que, como hemos dicho, dán pié á los de distinta nacion para desprestigiarnos y presentarnos á los ojos de las demás como un pueblo inculto, que vive todavia en un siglo de poca ó ninguna ilustracion y de mucho atrasamiento, y que conserva aun vestigios de los pasados tiempos de la barbarie.

Hemos dicho que los animales no carecian de sensibilidad, sino que la tienen bastante perfecta y que daban muestras bien patentes del dolor que se les causa cuando se les castiga. Y realmente es así; las bestias no son insensibles, las bestias no son como el hierro ó la piedra, las bestias sufren y padecen lo mismo que los racionales cuando se las hace daño.

Enhorabuena que el hombre, haciendo uso del poder que le fué dado sobre los demás seres de la naturaleza, utilice al animal para su servicio, le destine al trabajo, le adopte como medio de produccion, le haga objeto de su regalo y comodidad; pero ¿puede por ello maltratarle? ¿Puede



martirizarle? ¿Puede hacerle sufrir? ¡No, y mil veces nó!

Porque no tenga derechos, como decíamos al principio, no por eso el hombre ha de dejar para con ellos la práctica de los sentimientos de caridad.

Los animales le prestan servicios importantísimos, servicios que merecen mejor recompensa que la que les dá maltratándoles cruelmente.

Además, ellos sufren con no poca paciencia los castigos que les imponen quienes están encargados de su cuidado. Y si queremos una prueba asaz evidente de esta verdad, bástanos tan solo observar al más humilde, al más pacienzudo de los cuadrúpedos: el asno. Este animal, que, apesar de la lentitud de su marcha, lleva una carga muy superior á la que otros de su misma naturaleza, que es tan sóbrio en los alimentos y que ofrece no pocas utilidades á la agricultura, es el que con mas desprecio se mira; es el que menos consideración se le tiene; es, en fin, el blanco de las iras del ingrato y grosero labrador.

Y este animal, sin embargo de los golpes y maltrato que de su amo recibe, le obedece con admirable fidelidad y marcha con seguro paso por los caminos mas escarpados. Y cuenta que lo que decimos del asno podemos afirmarlo de otros animales destinados á usos idénticos ó parecidos. Solamente nos hemos fijado en éste para demostrar nuestros asertos.

Hay personas que creen les es lícito hacer con los animales cuanto les plazca, y que, por esta razon, pueden tratarlos duramente, causarles cualquier daño ó mutilacion en sus miembros; y lo hacen en efecto. Esto, en parte, no es culpa suya; pues esa crueldad no es hija mas que de la mala educacion que han recibido.

El hombre, por naturaleza, tiene instintos malos, sanguinarios; pero es preciso que esos instintos se templen y corrijan. La generalidad de las personas que viven más en relacion con los animales, conservan aún esos instintos; su carácter adusto y grosero les hace ser duros en el trato, no solo con las bestias, si que hasta con los de su misma especie. Si pues ni profesan amor á sus semejantes, ni hasta á aquellos de estos con quienes les unen vínculos de consanguinidad, ¿cómo tenerlo para con los irracionales?

Es indudable que la falta de instruccion contribuye poderosamente al fomento de esos malos instintos; y por ésta razon nos parece, en nuestro humilde concepto, que es preciso atajar el mal desde raiz.

Si; cuando se forma el hombre, en aquella edad tierna en que pueden infiltrarse, digámoslo así, los buenos sentimientos en su corazón, entonces, entonces es cuando conviene imbuir en su ánimo esos saludables principios que hacen al hombre sociable, para que aprenda á tratar á sus semejantes con la consideracion que también quisiera para con él. Aprendiendo

diendo esto, conservaria esos sentimientos de caridad y podría practicarlos hasta con los mismos animales; porque, no hay que dudar, el que los tiene profundamente arraigados, también se duele y se indigna cuando vé que se castiga á un animal indefenso.

Por el contrario, el que desde niño manifiesta tendencias muy marcadas al mal y se le permite practicarlos sin ponerle ninguna clase de traba ni cortapisa, dejándole sin correctivo, llegará á ser hombre, y entonces también ejecutará actos de crueldad y se complacerá en causar daños de mucha consideracion. La historia nos ofrece un buen ejemplo, que, aun que carezca del mérito de la novedad, corrobora lo que acabamos de espresar, en uno de los mayores tiranos del mundo: Neron. Sí, Neron, que dió principio á sus crueldades desde muy niño saltando los ojos á las moscas, llegó un día á mandar abrir las entrañas de su madre, solo por tener el gusto de ver dónde habia sido engendrado.

Por lo demás, la esperiencia nos muestra á cada paso ejemplos prácticos de esta verdad. No nos detendremos en citar algunos, aunque bien pudiéramos hacerlo, porque nos estenderíamos demasiado y es preciso luego poner fin á este escrito.

Que la instruccion ha de ser la que llegue á remediar, sino en todo, en gran parte el mal de que nos ocupamos, es indudable. Fomentando la instruccion y procurando por cuantos medios sea posible estimular la asistencia á las escuelas, es el modo como pueden formarse hombres de buenos sentimientos, que no hereden á sus ascendientes en sus perversos instintos.

Así, así es del modo como mas tarde se tocaria el resultado de los buenos principios que se formasen en su corazón, de la misma manera que el labrador recoge el fruto de la planta que ha cultivado con cuidadoso esmero.

Pero entre tanto, hasta que llegase el día en que esto aconteciera, porque no es obra del momento, sino que necesita el concurso del tiempo, bueno, útil y necesario seria imitar y seguir el ejemplo que nos ofrecen otras naciones, tales como Francia, Prusia, Austria y en especial la ilustrada Inglaterra, que han establecido leyes que castigan severamente á los que tratan con crueldad á los animales. Si; eso quisiéramos ver entre nosotros. ¡Ojalá que los hombres pensadores fijen la atencion en este punto! ¡Cuán plausible nos seria ver practicados en nuestra patria esos sentimientos de caridad que otras naciones observan respecto á los animales y que tanto enaltecen al que los ejerce!

De esta manera podríamos merecer mejor concepto del en que actualmente nos tienen los extranjeros. De esta manera daríamos un mentís solemne á los que tan mal hablan de nuestras costumbres. De esta manera, por fin, habríamos dado

un gran paso en el camino de la civilizacion y del progreso.

Nosotros no hacemos más que indicar modestamente una idea: su realizacion está encomendada á personas de mayor ilustracion. Quisiéramos fueran atendidas estas indicaciones y estudiada la cuestion que proponemos con el detenimiento que merece un asunto de importancia.

El día en que viéramos realizados nuestros ardientes deseos, seria aquel en que experimentaríamos nuestro corazón la satisfaccion mayor de todas las posibles.

M. P. y P.

LA HISTORIA NATURAL.

II.

La Zoología es la parte de la Historia Natural que tiene por objeto el estudio de los seres animales.

Conocemos las propiedades generales que caracterizan á estos seres. Sin embargo, es tan estensa la escala animal, que no siempre podemos determinar con prontitud, á qué grupo pertenece un sér que se nos presente al acaso, puesto que los hay que son animales y presentan caracteres de verdaderos vegetales; mientras los hay que de ningun modo pueden confundirse con los segundos.

La escala zoológica no admite las absolutas divisiones y subdivisiones que pueden admitir otras ciencias, lo que es debido á que si observamos en ella un sér intermedio, encontraremos en él caracteres propios del que en ella le precede, y otros propios del que le sigue en ella.

Linneo fué el primero que trató de clasificar los seres animales con arreglo á las observaciones y estudios que tenia él practicados, y á este fin los dividió en 6 grupos, á los que dió los siguientes nombres: Mamíferos, Aves, Anfibios, Peces, Insectos y Gusanos.

Los adelantos de la Historia Natural hicieron mas tarde alterar la clasificacion de Linneo. Vino Cuvier y dividió el reino animal en cuatro tipos: Vertebrados, Moluscos, Articulados y Zoófitos; fundándose para ello en la estructura y conformacion del sistema nervioso. Estos tipos se han subdividido en *clases*, estas en *órdenes*, estos en *familias*, estas en *tribus*, estas en *géneros*, estos en *especies*.

Solo enunciarémos los nombres de las clases que en esta clasificacion comprende cada tipo, y el número de órdenes que cada clase comprende; puesto que ni nos proponemos hacer una obra de Historia Natural, ni permiten mas las columnas de «LA JUVENTUD.» Por esta razon hemos pasado por alto la primera parte de la Zoología, que es la Organografía y Fisiología, de la que nos ocuparíamos mas estensamente otro día. La Zoografía ó clasificacion zoológica puede decirse que es mucho mas importante que aquella, con respecto solo á la Historia Natural, puesto que para esta parte no es aquella mas que un prólogo, que sirve de guia al que entra en el vasto campo de la Zoología. Además de que tanto la Organografía como la Fisiología son dignas de formar cada una una Ciencia aparte, y como tales las consideraremos al hablar de ellas.

Entremos, pues, de lleno en la clasificacion de Cuvier.

El Tipo 1.º ó de los Vertebrados, lo dividió en 4 clases: Mamíferos, Aves, Reptiles y Peces.

El Tipo 2.º ó de los Moluscos, en 6 clases: Cefalópodos, Pterópodos, Gasterópodos, Acéfalos, Braquiópodos, Cirrópodos.

El Tipo 3.º ó de los Articulados, en 4 clases: Insectos, Aracnídeos, Crustáceos, Anelidos.

El Tipo 4.º ó de los Zoófitos, en 5 clases: Equinodermos, Entozoarios, Acafeos, Pólipos é Infusorios.

Los muchos adelantos de la Ciencia durante los últimos años; las observaciones hechas por ilustres Naturalistas; el progreso, en fin, que en todo se ha notado de medio siglo á esta parte, han hecho necesarias diferentes modificaciones en la clasificación que antecede.

Varias han sido las obras de Zoología publicadas en nuestra Patria, encaminadas á ensanchar cada vez mas los límites de la vasta Zoología. Últimamente el Dr. D. Laureano Perez Arcas, ilustrado Catedrático de Zoología en la Universidad de Madrid, ha publicado unos «Elementos de Zoología,» en los que sigue una clasificación nueva, basada en las de Linneo y Cuvier, pero mas perfecta y lógica que las de aquellos célebres Naturalistas.

Vamos á dar una idea general de dicha clasificación.

Divide el reino animal en 4 Tipos: que llama Osteozoos, Eutomozoos, Malacozoos y Fitozoos.

Divide el Tipo 1.º en 5 clases: Mamíferos, Aves, Reptiles, Anfibios y Peces. De estas, la 1.ª Mamíferos, en tres sub-clases: Monodelfos, Didelfos, Ornitodelfos. La primera de estas se divide en 14 órdenes; la segunda en 2 sub-órdenes. La 2.ª clase Aves, en 9 órdenes; la 3.ª en 3; la 4.ª en 4; la 5.ª en 9

El Tipo 2.º ó de los Eutomozoos, en 2 sub-tipos: Articulados y Gusanos. El 1.º en 4 clases, el 2.º en 3.

El Tipo 3.º ó de los Malacozoos en 2 subtipos Moluscos y Moluscoideos: el 1.º en 3 clases, el 2.º en 2.

El 4.º Tipo ó de los Fitozoos, en 2 sub-tipos: Radiados, Heteromorfos; que comprenden 3 clases cada uno.

Hemos dicho que creemos muy lógica esta clasificación, y debe ser así por varias razones. La nomenclatura está perfeccionada y no se observan en ella los abusos de traducción de ciertos nombres, que en otras obras son muy abundantes.

Los Anfibios comprendidos en la clase Peces por Cuvier, están con razon separados de dicha clase, y el grupo, bastante numeroso de los Batracios pasa á ser clase. Además de que tienen caracteres muy distintos los Anfibios de todos los demás Reptiles.

Cuvier comprende en 9 órdenes todos los Mamíferos y esto hace que bajo la denominación de Paquidermos comprende los Solípedos etc., etc.

Ahora bien, hasta aquí hemos visto rápida y superficialmente la Zoología. Téngase, sin embargo presente, que nuestro objeto ha sido dar un resumen de esta vasta parte de la Historia Natural.

En otros artículos que á estos seguirán nos ocuparemos con mas estension de las diferentes agrupaciones zoológicas, pero antes daremos tambien una idea general de la Botánica y de la Mineralogía.

CASTO DE CIFELLERS.

LA AMISTAD.

Á mi entrañable amigo D. Magin Morera y Galicia.

La amistad es una fraternidad, y en el sentido mas elevado, es el bello ideal de la fraternidad.

SILVIO PELLICO. (Deberes del hombre.)

Desde que el hombre empieza á dar los primeros pasos en la carrera de la vida, cada día siente mas y mas la necesidad imperiosa de comunicar sus afectos y sensaciones á otros hombres. Observa que manifestando sus goces y alegrías á seres de su misma especie, estas le satisfacen mucho mas; lo mismo que al dolerse de los pesares que le abrumen, dando participacion á otros experimenta aligerársele estas penalidades de una manera muy notable.

Los sentimientos, lo mismo que las ideas, no pueden permanecer encerrados dentro de nosotros, necesitan espaciarse; el corazon es demasiado estrecho para contenerlos, y nos vemos precisados á comunicarlos á otras personas que merezcan nuestro aprecio y en quien depositamos toda nuestra confianza.

¿Qué sería del hombre sino pudiera dar expansión á sus afectos? Su vida se haría muy pesada; puesto que los disgustos y sinsabores de que toda ella es una cadena, le tendrían constantemente abatido y melancólico, y el mundo solo fuera para él un árido desierto. Por eso Dios al concederle esta facultad de comunicar sus afectos, le dispensó el mayor de los beneficios.

Necesita, pues, el hombre buscar personas á quienes pueda manifestar los sentimientos de su corazon; y ha por precision de procurarse su amistad. Mas antes de hacerlo, debe tener en cuenta las circunstancias que concurren en el sujeto que elija por amigo.

En la sociedad presente es fácil, muy fácil encontrar quien haga cierto alarde de profesarnos un cariño acendrado y que estreche con frecuencia nuestra mano en nombre de la amistad; pero es muy difícil hallar un amigo que comprenda nuestras aspiraciones y deseos y conozca profundamente los deberes que aquella impone.

Nos sucede en la vida que sin conocer ni con mucho las buenas ó malas cualidades que posee una persona ni informarnos de su conducta y sin haberla jamás dirigido nuestra palabra tan solo, deseamos vivamente su amistad. Una mirada que tal vez inadvertidamente nos haya dirigido; las facciones de su rostro que hayamos observado; ó cualquiera otro motivo, fútil, si se quiere, nos ha impelido de una manera extraordinaria hácia aquella persona, anhelando establecer con ella relaciones de amistad. Y lo deseamos con tanta fuerza, que ponemos en juego mil y mil medios y nos valemos de cualquier pretexto para conseguirlo.

La juventud es la edad en que mas principalmente tiene esto lugar. Para probar este aserto solo quisieramos poder penetrar en lo mas íntimo de muchos de los que lean este artículo, quienes habrán mas de una vez practicado lo que decimos. ¡Ah! ¿Cuántos de ellos al sentir ese deseo de establecer relaciones con una persona que les ha interesado por los motivos que hemos dicho, cuántos, repetimos, no habrán procurado averiguar los lugares que frecuenta, para verla y dirigirla una mirada, que no es mas que la espresion de aquel deseo? ¿Cuántos no habrán procurado hacerse contradizos con ella en una calle, en un paseo, donde quiera que concurra, solo por tener ocasion para saludarla? ¿Cuántos no habrán, por fin, procurado introducirse y tomar parte en una conversacion de amigos en la que esté aquella persona, nada mas que por hablarla mas ó menos directamente?

Si, si, todo esto habrán sin duda practicado los que una vez hayan sentido ese afecto que se llama simpatía.

Pero es necesario ser muy cautos en ceder á este afecto, sin atender á otras circunstancias que no hemos de dejar en olvido.

Que debemos benevolencia á nuestros semejantes es harto sabido para que nos esforcemos en probarlo; pero solo debe convertirse en amistad para aquellos que veamos adornados de la mas acrisolada virtud. «La amistad es una concordia, un acuerdo perfecto entre dos ó tres almas (no en mayor número) que se han hecho necesarias una á otra; que se han comprendido perfectamente para obrar el bien entre si y que son idénticas en ideas nobles y elevadas; idénticas en sentimientos generosos y sinceros; idénticas en toda clase de miras morales y religiosas.»

Antes de abrir á otro nuestro corazon y depositar en el toda nuestra confianza, debemos estudiarle muy á fondo, buscando pruebas que nos lleven el convencimiento de su lealtad. «El don del corazon (ha dicho el ilustre prisionero de Venecia de quien tomamos el lema que encabeza este artículo) es demasiado apreciable: apresurarse á prodigarlo es una accion culpable, es una indignidad.» Por eso necesitamos enterarnos muy detenidamente acerca de las cualidades que adornen á aquel que tratemos de tomar por amigo. No debe seducirnos ninguna de las dotes que tal vez posea de erudicion y talento, la manera de producirse, sus finos modales y otras mil circunstancias que acaso hayan hecho nacer en nosotros una irresistible simpatía hácia él. Solo el hombre virtuoso merece le elijamos por amigo. El que se entrega de lleno á las pasiones mas impuras y llega á estar dominado de vicios que han corrompido su corazon, no debe de ningun modo ocupar el nuestro, no es acreedor á que le demos el sagrado nombre de amigo.

Mas ¡qué dicha será la nuestra si llegamos á encontrar uno digno y verdadero! ¡Cuántas veces sin él desfalleceríamos al menor contratiempo! ¡Cuántas veces sin él nos sentiríamos arrastrados alcaminos del vicio y de la perdicion! Y sin embargo, él nos alienta, si desfallecemos; él nos aleja de la senda de los vicios, si á ellos teníamos inclinacion. En él hallamos un consuelo á nuestros males y desdichas; él es el bálsamo que mitiga nuestros dolores; él es el que nos vuelve el porvenir que se nos presentaba triste y sombrío en alegre y risueño. Es de todo punto inexplicable la felicidad que llega á alcanzar el que posee un buen amigo. Mas entonces, cuando tenemos esa posesion preciosa, debemos procurar la observancia del consejo de Olavide: «Si tienes un amigo bueno, consérvale, porque es un tesoro que se encuentra poco en el mundo.»

Así debemos hacerlo. Si en el revuelto mar de la vida; si entre tantos y tantos como nos brindarán con una estimacion que no sienten, somos tan afortunados que encontremos un amigo verdadero, no olvidemos el consejo de Olavide; procurémos grabar en nuestro corazon los altos deberes que la amistad impone á quienes se unen por sus lazos; y procurémos asimismo que esos lazos no se rompan, si queremos gozar esa felicidad inmensa, que en la tierra tanto se busca, pero que solo disfruta el que posee un amigo verdadero.

M. P. y P.

RECUERDOS.

Á Maria.

Cuando en la noche callada
Mece la plácida brisa,
Murmurando dulcemente,
Suspiros de amor y dicha;
Y la candorosa luna
Sus bellos rayos envía;
Y espera al dia la flor
En su cáliz escondida;
Y las aves ya no cantan
En sus nidos guarecidas;
Y los rios silenciosos
Por la pradera caminan;

Y todo en el universo
Calma apacible respira;
Un recuerdo en mí reposa,
Y es tu recuerdo, María.

—
Cuando al despuntar la aurora
Sopla el aura malutina,
Y las aves con sus trinos
De encantadora armonía
Modulan himnos de amor
Saludando al nuevo día,
Y los rayos del luciente
Febo, tras los montes brillan,
Y las encendidas flores
Su cáliz abren solícitas
Por recibir en su seno
Perlas que el cielo destila,
Y las gotas de rocío
Entre las hojas se anidan;
Un recuerdo en mí reposa,
Y es tu recuerdo, María.

—
Y este recuerdo es tan puro
Que me arroba, me fascina;
Y es la esperanza mas bella
Que alimenta el alma mía.
Es el oasis delicioso
Del desierto de mi vida,
Donde tranquilo descansa
Mi corazón sus fatigas.
Es una voz misteriosa
De inefable simpatía,
Que en vaporosos ensueños
Adormece al alma mía.
Y por do quiera un recuerdo
Es mi dulce compañía,
Y este recuerdo es tan puro,
Que es tu recuerdo, María.

Agustín Godomé.

CANCION.

Al llegar la primavera
que con hojas adornada
va dejando la enamada
y con flores la pradera;
Cuando escucho de las aves
los cantares amorosos
que de los bosques umbrosos
traen las brisas suaves;
Cuando aspiro con placer
los mil preciosos olores
que se exhalan de las flores
poco antes de anoecer;
Cuando el aura de la tarde
que en los árboles cimbre
mi ardorosa frente orea;
y de su canto hace alarde
El amante ruisenor,
que perdido en la espesura
desazonado murmura
sus quejas de dulce amor;
Cuando en hora silenciosa
de los hombres apartada,
se goza el alma agobiada
y en la soledad reposa:
Recorriendo entristecido
de un arroyo la ribera,

sueño en dicha venidera
ó lloro mi bien perdido.

Al arroyo que entre flores
se desliza blandamente
y despues cae rugiente
en peñascos cortadores,
Comparo mi triste vida
que ha corrido entre ilusiones
llorando entre desazones
la felicidad perdida.

R. G. y J.

APUNTES.

Una noticia, aunque vieja, tengo que comunicar á ustedes; noticia triste, en verdad; noticia que la pluma parece se resiste á escribir.

¡¡¡ *El Constituyente* ha muerto...!!!

Sí; el periódico aquel que, como recordarán nuestros lectores, dijo nos «habíamos despedido del estadio de la prensa;» el periódico que esclamaba al dar esta nueva: «Corta ha sido su vida, ¡qué se ha de hacer!» el periódico del célebre «*parece quiere decir*» ¡¡¡ ha muerto!!!

¡Pobre *Constituyente*! Bien quisiéramos dedicarte un artículo encomiástico, panegirizando tus pasadas glorias; pero ¿cómo hacerlo si el pesar que nos abruma apenas nos permite escribir estas líneas? Imposible, imposible de todo punto nos es satisfacer nuestro deseo, pues que las lágrimas bañan el papel, nuestra pluma tropieza y solo podemos consagrarte aquí un débil recuerdo, un tributo de respeto y admiración.

¡Descansa, pues, en paz!

Hemos recibido la visita de nuestros queridos colegas *Los Jornaleros* y *La Pildora*, de Madrid, *La Paz*, de Pamplona y *El Crepúsculo* de Reus.

Sean bienvenidos y reciban nuestro cordial saludo.

—
¿Conque hay estudiantes en Barcelona que dudan que lo seamos los redactores de *La Juventud*?

Así nos lo han contado, y en verdad que la cosa no deja de tener gracia.

¿Pues si se figurarán los tales estudiantes que nosotros somos acaso gente de alto copete, ú hombres de carrera, y con mas barbas que un capuchino? No, señores. Somos estudiantes y nada mas que estudiantes; sepálo ustedes.

En nuestra Redaccion no hay nadie apenas que pase de 18 años, y el que más tiene solo el grado de Bachiller en Artes.

Y no decimos mas por hoy.

Llegó el caso de aflojar la mosca, compañeros.

Queremos decir que llegó el caso de pagar la suscripción, se entienda, los que no lo hayan hecho.

Veo cierta indiferencia en algunos prójimos que parece se hacen el *sueco*, ahora que se trata de sacar los céntimos.

Conque, veamos si hacen ustedes el favor de al presentarles el recibito pagar la cantidad que allí se consigna. ¿Estamos?

—
Mañana, según tenemos entendido, vuelve *La Leridana* á dar otra de sus reuniones.

No dudamos será tan concurrida como las dos anteriores, especialmente por nuestras pollitas.

Animo, pues, y ¡á danzar!

—
Solucion de la charada del número anterior:

Ta-pa-bo-cas.

CHARADA.

Animal es mi primera
Que en las casas sueles ver;
Mi segunda imperativo
De un verbo castellano es.
Mi tercera con mi cuarta
Casi siempre es menester
Para que un autor escriba
Sus obras con honra y prez.

Mi primera con mi cuarta
En las montañas se ven,
Y con distinto sentido
En la iglesia escucharé.

Mi todo en las elecciones,
Puede contemplar cualquier,
Y que abundan por desgracia,
Pues todos lo pueden ser.

R. G. y J.

Advertencia importante.

Suplicamos muy encarecidamente á las personas que han recibido los dos últimos números de nuestro periódico y no deseen suscribirse, se sirvan devolver el presente al repartidor, si son de la capital, ó dirigirlo á esta Administración poniendo en la faja la palabra «devuelto» si son de fuera.

Los señores que quieran continuar siendo abonados, deberán remitir el importe de la suscripción antes del sábado próximo; de lo contrario dejarán de recibir más nuestro periódico.

LA REDACCION.

Lérida: Imp. de F.^o Armenteros y Segura.